

EL LIBRO DE LA SEMANA

De la libertad a la barbarie

Se reeditan las memorias de Stefan Zweig, escritas durante sus últimos días en Brasil, y que constituyen una clave para comprender la historia del siglo XX.

**EL MUNDO DE AYER.
MEMORIAS DE UN EUROPEO**

Stefan Zweig
Traducción de J. Fontcuberta y
A. Orzeszek
El Acantilado
Barcelona, 2001
546 páginas. 3.900 pesetas

LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

El gran escritor austriaco de origen judío Stefan Zweig (1881-1942) concluyó su obra autobiográfica *El mundo de ayer* en la ciudad brasileña de Petrópolis, en 1941. Allí se había afincado definitivamente a sus casi sesenta años y después de una década de exilio en Londres. El triunfo de Hitler en 1933 y el atisbo de la consiguiente arbitrariedad y barbarie que desde Alemania amenazaban con cernirse sobre toda Europa, lo habían inducido a abandonar el viejo continente, en una época en que muchas otras personas —tanto particulares anónimos como intelectuales acreditados— apenas si se mostraban conscientes de la inminente catástrofe que les aguardaba.

Tras estallar la Segunda Guerra Mundial, mientras los ejércitos del Reich no dejaban de ganar batallas ni de arrasar países casi indefensos, cuando los ideales humanistas carecían de valor, las libertades individuales eran brutalmente abolidas y las masas aclamaban a dictadores sin escrúpulos como Hitler, Mussolini, Stalin o Franco, un Zweig absolutamente horrorizado por los acontecimientos, desbordado por la maldad de la que gratuitamente hacían gala unos seres humanos contra otros, concluía su libro de memorias, obra que habría de ser la última junto con *Novela de ajedrez*, uno de sus mejores relatos y excelente alegato en contra del poder dictatorial, ciego y sin escrúpulos. Poco después, en febrero de 1942, el escritor y su segunda esposa, Lotte Altmann, se quitaban la vida tras ingerir una fuerte dosis de Veronal.

Consciente de hallarse a las puertas de una nueva época, acaso una larguísima era de locura y terror, en la que el triunfo de la brutalidad política precipitaría a Europa hacia otra Edad Media, preconizada por los mozalbetes universitarios de camisas pardas que gozosamente habían quemado libros en las plazas de las más bellas ciudades de Alemania y que, más tarde asesinarían civiles y ciudadanos libres por aberrante *sport*, Zweig constataba en su autobiografía una vida plena de intelectual y humanista, pacifista y luchador activo por el ideal de una Europa sin fronteras, unida por el poderoso vínculo de su cultura. El título elegido para el volumen no podía mostrarse más explícito: los recuerdos, por tanto, se remontaban a toda una era desaparecida para siempre, aquella que había conocido en sus inicios los ideales de la paz y la fraternidad entre los pueblos a la vez que el empeño por abolir las guerras; aquella también en que los adelantos técnicos proclamaban la excelencia

de un género humano que parecía anhelar el bienestar para la mayor parte posible de hombres y mujeres.

Hijo de esa gran burguesía acomodada —vástago de un acaudalado industrial afincado en Viena—, Zweig vivió desde niño inmerso en una especie de torre de marfil; para él, como para tantos otros jóvenes extraordinariamente cultos de su generación, Europa entera no era sino un balneario de placer donde se discutía amigablemente acerca de las producciones artísticas del pasado y el presente y por el que podía pasearse con entera libertad. Desde el sólido imperio de los Habsburgo, un miembro de aquella clase social se sentía en casa tanto en Berlín, París o Moscú. Ello concluyó con el estallido de la Gran Guerra y el trágico advenimiento del bolchevismo en Rusia. El extraordinario optimismo que había sumido al nuevo siglo en una especie de sueño hipnótico de progreso y alegría se desvaneció por completo. Es el paso de aquella "edad de oro de la seguridad", que duró apenas dos décadas, a la posterior edad de la barbarie, inaugurada por la sorprendente crueldad de la contienda mundial seguida de los años posteriores de inflación y deterioro moral, hasta la llegada del hitlerismo, lo que describe Zweig en páginas magistrales, entreverando con suma amabilidad sus avatares personales con las vivencias que marcaron una de las generaciones más vapuleadas de la historia así como a su inmediata descendencia.

Hallamos en estas páginas espléndidas reflexiones sobre el desmoronamiento del Imperio austro-húngaro; también acerca de lo que Zweig, cosmopolita conven-

cido, califica de "peste del nacionalismo", que de la noche a la mañana transformó Europa en un erial dividido por innumerables fronteras, donde se señalaba como enemigo de una nación a quien hablase la lengua de otra o admirase una cultura diferente a la autóctona. Magníficas consideraciones, asimismo, a tenor de las terribles inflaciones austriaca y alemana y los extravagantes años veinte, en los que una juventud hija de los estragos bélicos repudió todo propósito de medida tanto en lo personal como en lo público,



LOREDANO



para caer luego en una esquizofrenia existencial que acabaría por arrojarla en brazos de los nefastos monigotes totalitarios que se erigirían en sus demagógicos mentores.

La nueva traducción que ahora presenta con tanto acierto El Acantilado mejora considerablemente la que poseíamos hasta el momento en castellano; con ella no cabe ya excusa para dejar de adentrarse en una obra magnífica, clave para comprender la historia de un siglo del que todavía tendremos que aprender tantas cosas.

El éxito y la hoguera

STEFAN ZWEIG fue uno de los autores más leídos de Europa y casi del mundo entero durante las décadas de los años veinte y treinta del siglo XX. Las tiradas de sus libros alcanzaban cifras verdaderamente impresionantes y se traducían a infinidad de idiomas. Cada título suyo se convertía de inmediato, a veces incluso antes de publicarse, en un éxito de ventas, bien se tratara de una *nouvelle*, bien de la biografía de un personaje histórico, o de un volumen de ensayos. Tras la aparición de *Jeremías*, drama antibelicista que, sorprendentemente, Zweig logró representar en los escenarios más célebres de Europa durante la Gran Guerra y que contribuyó a denunciar con enorme eficacia la insensatez de la contienda, ya el primer volumen de la serie *Constructores del mundo*, *Tres maestros*, dedicado a Balzac, Dickens y Dostoiévski, se convirtió de manera sorprendente en un *best seller*. Era sólo el principio; los extraordinarios relatos *Amonk* y *Carta a una desconocida* aseguraron a su autor una popularidad sin precedentes: se los leyó en público, se adaptaron para el teatro y —lo que entonces no era tan común— se llevaron a la gran pantalla. *Momentos estelares de la humanidad* se adoptó como lectura básica en todas las escuelas alemanas

y en pocos meses llegó a vender 250.000 ejemplares en aquella depauperada República de Weimar.

El éxito de tales obras se debía principalmente a que Zweig, en la mejor tradición judía de la interpretación y transmisión de textos así como de la narración de acontecimientos, fue, ante todo, un excelente divulgador cultural; además, se dirigía a un público instruido, abundante en unos tiempos de sólida educación clásica, liberalismo y gran burguesía. La historia y la psicología así como "los grandes ideales humanos" nunca pasaban de moda, y los lectores se hallaban ávidos de aprender deleitándose. Por si fuera poco, Zweig se las ingeniaba para escribir de manera concentrada y exenta de prolijidad, vaguedad o exaltación; quería un estilo ágil y "arrebata-dor" desde las primeras líneas hasta el final; con tal táctica, quien comenzaba a leer uno de sus libros era incapaz de dejarlo antes del final.

Tan populares eran las obras de Zweig, sus biografías de María Antonieta, Fouché o Erasmo; los ensayos dedicados a Hölderlin, Nietzsche, Casanova o Montaigne; sus estudios sobre Madame Blavatski o Freud; sus relatos breves a la manera de Schnitzler, como *Miedo* y

Veinticuatro horas en la vida de una mujer o la impresionante gran novela *La piedad peligrosa*, que los censores nacional-socialistas tuvieron sus vacilaciones a la hora de proscribirlos, dada su increíble difusión y aceptación públicas.

El autor de *El mundo de ayer* cuenta alborozado que el día siguiente al del incendio del edificio del Reichstag, provocado secretamente por los nazis con la intención de acusar a los comunistas y tener una excusa para declararlos enemigos del Estado, se proyectaba en toda Alemania la versión cinematográfica de su extraordinario relato *Ardiente secreto*. Las autoridades no habían prohibido aún la película, basada en la obra de un judío, pero cuando multitud de transeúntes se agolparon ante las carteleras que anunciaban el título, dándose codazos de complicidad y riendo a mandibulata batiente, la policía optó por retirar el filme. Desde entonces ni un solo libro de Zweig volvió a exhibirse en el escaparate de una librería alemana. Junto con cientos de autores "impuros" como Freud, Einstein o Kafka, también miles de volúmenes con la firma de Zweig alimentaron las hogueras que iluminaron fatalmente el inicio de la nefasta época de barbarie e incultura totalitaria europea. L. F. M. C.